

## Prólogo

### **Relato nacional ¿para qué?**

Comparado con la mayoría de los países, México desarrolló para sí mismo un relato nacional fuerte, ricamente elaborado y ampliamente difundido. Basta viajar por el mundo para constatar ese hecho. Desde luego que en Asia y Africa hay bien pocos países que tengan un relato nacional así de profundamente asimilado, pero tampoco en América latina hay muchos lugares que tengan un cúmulo de obra popular y culta comparables al de México: muralismo, cine de “Epoca de Oro”, modernismo indigenista en la música y la arquitectura, Museo Nacional de Antropología, Ballet Folklórico, etcétera.

El relato nacional mexicano está comparativamente arraigado por varios motivos. El primero de ellos, común a la mayoría de los países latinoamericanos, pero contrastante con los de Africa y Asia, es la antigüedad de la república. Incluso en Europa la mayor parte de los estados nacionales surgen más tarde que en México: Italia en 1861; Alemania en 1871; en 1878 Rumania, Grecia, Bulgaria, Serbia; y después de la Primera Guerra Mundial, Austria, Hungría, Checoslovaquia, y Turquía. Para 1920, cuando se formó la Liga de las Naciones, se hizo con apenas 42 países, de los cuales casi una tercera parte eran de hispanoamérica. Así de nuevas son la mayoría de las 193 repúblicas que pertenecen hoy a las Naciones Unidas. Aunque usualmente no lo pensamos así, pero México es uno de los estados nacionales más “antiguos” del mundo. Y al factor de antigüedad se agregan otras consideraciones.

Al momento de su independencia, la Nueva España era la colonia más rica y más grande del Imperio Español, sin embargo, y por lo mismo, la república que manó de ella tuvo que enfrentar muy pronto un proceso de desmembramiento interno –común a las nuevas repúblicas hispanoamericanas– y también dos grandes invasiones: la guerra con los Estados Unidos y la llamada Intervención Francesa. Ambos factores, el del desmembramiento interno (la independencia de centroamérica y la Guerra de Tejas, sí, pero también los proyectos de independencia en Yucatán, Sonora, Jalisco y otras regiones) y el de las guerras con Estados Unidos y Francia consolidaron a su modo el relato nacional. Así, la

debacle de la guerra con los Estados Unidos fue seguida de una guerra civil que culminó en una serie de reformas y una nueva constitución que sentaron las bases para una identidad nacional secular, distinta de la identificación basada en la religión católica. Por otra parte, el triunfo liberal contra la alianza entre los franceses y el Partido Conservador no fue sólo “una segunda independencia”, como se le decía en la época, sino que además sentó las bases para la formación de un Estado central modernizador y comparativamente fuerte. Ese estado se abocó a proponer un relato nacional abarcador y unificador, incluso desde tiempos de la llamada “República Restaurada”.

Durante las presidencias de Benito Juárez y Sebastián Lerdo de Tejada se fue orquestando una política de reconciliación con los derrotados conservadores, misma que se prolongó y profundizó bajo Porfirio Díaz. Ese proceso implicó también alguna producción cultural. Publicaciones como *El libro rojo* de Manuel Payno y Vicente Riva Palacio (1870) hacían una genealogía de la violencia en México, para criticarla, viniera de donde viniera. Esa clase de trabajo crítico poco a poco fue folklorizando la antigua polarización política y reduciéndola a un horizonte difuso de tradicionalismo caduco, bandidaje, y criminalidad, para imponer en su lugar a un estado nacional y progresista, con espacio para todos, o cuando menos un espacio para las elites y lo que se conocía entonces como “pueblo honrado” o “limpio”.

Las ideas de unidad progresista y liberal encontraron una plataforma material en el ferrocarril, que fue un factor, si no necesariamente de unificación cultural ni de consenso democrático, al menos sí de consolidación de un estado central que se encontró de pronto en situación de proponer un relato. Es justamente en tiempos de don Porfirio que la Ciudad de México se consolida como lugar que concentra el poder nacional, y esa concentración se hace con las instituciones que manan de la Guerra de la Intervención, como la Escuela Nacional Preparatoria, la Escuela Nacional de Jurisprudencia, y el Ministerio de Instrucción Pública, amén de la labor creativa de escritores, historiadores, pintores, y arquitectos más o menos independientes, que se dedicaron a desarrollar la estética de México que se transformaría en marca nacional. Las grecas de Mitla, la piedra del calendario azteca, las pirámides de Teotihuacán, todos se convertiría en insumos estéticos para los nuevos rituales políticos y la educación cívica de la nación.

Aunque en primera instancia la Revolución Mexicana desbarató algunos pilares de la unidad porfiriana —el Ejército Federal, para empezar— en términos generales la revolución creó condiciones para una profundización insospechada del relato nacional, que aventajó en mucho lo que ocurría en otros países latinoamericanos, que no tuvieron revolución social a inicios del siglo 20, y donde el relato patrio siguió siendo primordialmente “oligárquico” al menos hasta las grandes erupciones de populismo de los años treinta y cuarenta. En muchos casos, la formación cultural de un nacionalismo popular no se dio sino hasta los años sesenta o setenta del siglo 20. En México, en cambio, la sociedad y la clase

política abrevó de un nacionalismo que tenía una revolución como referente, cosa que permitió que se diera mucha creatividad en el plano cultural, y bastante rejuergo entre cultura popular y relato nacional.

Aún así, pese a esos importantes éxitos, todo por servir se acaba. Nuestro relato nacional estaba hecho para un modelo de Estado protector, que se eleva por encima de una nación imaginada como un todo orgánico, compuesto de clases sociales que dependían las unas de las otras. Ese arreglo, ese funcionalismo imaginado con “Estado rector”, empezó a hacer agua desde la década de los sesenta, con la ampliación de las clases medias urbanas que no encontraban fácil representación en la estructura corporativa del Estado, pero terminó de desfondarse en la década de los ochenta, con el cambio de modelo económico y la transición neoliberal.

A partir de ahí, se empezó a resentir un desfase radical entre el nacionalismo mexicano con el que se socializaban los niños y jóvenes de México, y la realidad sociológica de esos mismos jóvenes. La sociedad mexicana había cambiado profundamente. El campo comenzó a vaciarse de manera acelerada, expulsando campesinos a los Estados Unidos y Canadá, y a las ciudades del país, mientras la actividad agrícola se fue especializando, tecnificando y orientando a la exportación, sobre todo a partir del ingreso de México al GATT (1987) y de la formación del TLCAN (1994). La industria creció exponencialmente, al grado de que las exportaciones manufactureras mexicanas hoy son, de lejos, las mayores de América latina. Y la emigración a los Estados Unidos se intensificó, al punto en que hay varios estados de la federación que tienen cerca de la mitad de su población en ese país, y no existen ya regiones de la república que no tengan gente en el Norte. La familia mexicana en sí es, hoy por hoy, una institución que tiende pronunciadamente a la transnacionalidad.

En el plano político y simbólico, el resultado de todo esto ha sido una profunda crisis de representación. La sociedad mexicana de hoy no se ve adecuadamente reflejada ni en la política –pese a los éxitos de la transformación democrática– ni en los medios, ni a nivel del relato nacional.

Dada esta situación, se entiende la tentación de desechar el relato nacional. ¿Para qué lo queremos? Con todo, eso sí, la solución a esta pregunta es sencilla. Necesitamos nuevas formas de representar a la sociedad mexicana, y a la nación mexicana como proyecto, por la sencilla razón de que no estamos en un momento histórico de integración política regional. El TLCAN, que tiene ya más de 20 años, no resultó ser un paso hacia la integración civil y política de norteamérica. Al contrario, los mexicanos “indocumentados” en los Estados Unidos tienen menos derechos y están más asediados que cuando se firmó el tratado. El nacionalismo se ha apoderado de nuestro vecino del norte, y se manifiesta con especial enjundia contra México y lo mexicano.

Como tenemos país, necesitamos también una imagen de país y un proyecto de futuro común. Es así de sencillo. Sólo que el trabajo que tenemos por delante no tiene nada de sencillo. Basta recordar el tamaño de los esfuerzos realizados du-

rante la República Restaurada y el Porfiriato para inventar la imagen de México, y recordar quizá todavía más los esfuerzos todavía más extensos que se hicieron en el mismo sentido durante las décadas de la post-revolución. La creación, tan exitosa, de un relato nacional abrevó de la labor entregada de artistas, científicos, juristas, políticos, estudiantes, y líderes de movimientos sociales. Requirió de apoyos económicos decididos desde el Estado y también de fuentes particulares.

En otras palabras, el relato nacional mexicano no se hizo solito. Fue resultado de un esfuerzo colectivo importantísimo. Hoy día necesitamos de esfuerzos e inversiones parecidas. La sociedad mexicana necesita y requiere ser representada. Tiene que reconocerse y verse a sí reflejada en trabajos científicos, en innovaciones políticas y en proyectos artísticos. Tiene que encontrarse en ellos, para con ellos construir ideas de un futuro colectivo.

Es por esto que es tan oportuno el presente libro, que es fruto justamente de un esfuerzo colectivo orquestado desde el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, en coordinación con el Instituto para el Desarrollo Industrial y el Crecimiento Económico (IDIC), y El Colegio de México (COLMEX), que echan el hombro a una tarea así de importante.

***Claudio Lomnitz***

*Profesor de Antropología en el Departamento  
de Culturas Iberoamericanas,  
Universidad de Columbia,  
Nueva York, USA*